

GONZÁLEZ, FRAY DIEGO TADEO (1732-1794)

LAS EDADES

(Poema didáctico)

LA NIÑEZ

Aetatis cujusque oint e sunt tibi mores,
mobilibusque décor naturis dandus, & annis.
Reddere qui voces jam scit puer, & pede certo
signat humum, gestit paribus oint e
ere, & iram

Colligit, ac oint temere; & mutatur in horas.
–Horarius Epist. ad Pisonet.

Argumento

- I. Proposición.
- II. Dedicación.
- III. Recomendación de la materia.
- IV. Admirase la providencia de Dios en la creación del mundo, y los entes que le ocupan, y sus designios en orden al hombre.
- V. Complacencia del soberano Criador en sus obras.
- VI. Creación del hombre compuesto de cuerpo, y alma, y caos inmenso entre la materia, y el espíritu.
- VII. Admirable providencia con que el Criador proporcionó estas dos compartes para que compusiesen un todo.
- VIII. Prerrogativas y felicidad del hombre en el estado inocente.
- IX. Degradación de la naturaleza por la desobediencia del primer hombre.
- X. Males y miserias en que murió el hombre por su desobediencia.
- XI. Bienes naturales que quedaron en el hombre después de su degradación, sus excelencias, señorío, industria, y talento para procurarse su felicidad por medio de la agricultura, comercio, y descubrimiento, de las artes, y ciencias.

I.

Decir en verso grave, numeroso,
del hombre vegetable y las sazones
por donde sin sentirlo es conducido,
en cada edad notando las pasiones
que son propias, por don raro y precioso
concede, oh sabia musa, y al olvido
entrega el verso blando que a mi lira
dictaste en vida umbrátil ¡Ay locura
con eternas lágrimas llorada!
El verso didascálico me inspira,
mezcla la utilidad con la dulzura,
la sola utilidad, que ni es tocada
del fuego celestial la mortal gente,
ni del sacro furor su pecho henchido
para otro fin, al fuera conveniente
tratar asunto menos importante
por mis años a tal sazón venido,
que la cana en mi pelo ya ha nacido,
y va a surcar la ruga mi semblante.

II.

Y tú, sabio Jovino, mi ventura
gloria inmortal del legionense suelo,
a quien la mal sincera, la más pura
duradera amistad unió conmigo,
don entre cuantos dones debo al cielo,
el más digno de prez ora tasando
estés a la maldad digno castigo,
representando al dios de la venganza,
ora con tierno pecho consolando
de la viuda y el huérfano el lamento;
ora examines en la fiel balanza,
que te confía la divina Astrea,
la dudosa razón con ojo atento,
y pecho libre de pasión malina,
suspende por un rato la tarea
forense, en que te tiene sumergido
el provecho común, y determina
en el nuevo camino, que has mostrado,
mis pasos aún dudosos, lo torcido
endereza, levanta lo abatido,
tilda con negra tinta el verso errado,
infúndeme valor, si desaliento
en la ardua vía, por do va la gloria,
yo extenderé del uno al otro polo
el nombre de Jovino, su talento,

y de sus hechos la lúcida historia.
Tuya es la idea, mío el verso sólo,
tus doctos pensamientos ve dictando,
yo al dulce verso los iré acordando.

III.

Así como un geógrafo erraría
si mil reinos extraños describiera,
al desprecio entregando el patrio suelo;
o como el padre, que curar debiera
de su casa la sabia economía,
y la ajena mirase con desvelo;
así nosotros creeme Jovino
erramos, ¡ay! erramos torpemente
en objetos extraños consumiendo
de nuestro entendimiento el don divino,
que para el propio bien primeramente
nos fuera concedido, o discurriendo
por las obscuras ciencias, comparamos
unas cosas con otras vanamente;
o los ajenos hechos meditemos
en la historia, do el daño, y el provecho,
la acción laudable con el torpe hecho
confundidos están: el grande Apolo
juzgue si ella es más útil que dañosa
sólo de nuestro ser, de nuestro solo
vivir siempre olvidados consumimos
la vida, sin saber cómo vivimos.
Como entre flores necia mariposa
de objetos en objetos discurrimos,
sin tomar, cual abeja diligente,
a nuestro propio bien lo conveniente.

IV.

Que muy de otra manera meditaba
nuestro común provecho aquel divino
hacedor de cosas que en su mente
eternalmente concebido había,
y nada para sí necesitaba,
rico, abundoso, y en feliz destino,
y todo el ser en sí lo contenía.
¡Oh dignación! ¡Oh amable providencia!
¡Oh divino consejo eterno, y sabio!
¡Oh poder! ¡oh bondad! Del alto cielo
envía la sagrada inteligencia,
que purifique el torpe, inmundo labio

con fuego de tu altar, para que pruebe
decir tus obras santas, y desvelo
paternal hacia el hombre, confundido
el sacrílego error, que al necio ateo
dictó en secreto el corazón aleve,
y el sistema orgulloso, que el oído
cierra, cual áspid sordo, al sabio encanto
del gitano pastor, del pueblo hebreo
padre, y legislador, que poseído
do fuego celestial, y sacrosanto,
que arder, sin consumir la zarza, vido;
en la falda del Sina refería,
prestándole atención la ruda gente,
como el mundo en eterno horror yacía,
y en la nada yaciera eternamente,
si el soberano autor no le extrajera
del no ser, cual si allí ya ser tuviera.
Y sonando la voz omnipotente,
la universal materia salió fuera,
aunque inerme, vacía, informe, impura,
la faz ceñida de tiniebla obscura.
¡Ah! ¡Cuán desaliñada y diferente
de como fue después que la adornara
su espíritu divino, y la inspirara
virtud, con luengas alas cobijando
la inmensa mole de agua, cual fecunda
sus huevos la paloma al calor blando!
¡Cuánta virtud, cuán varia, la infundía!
La luz clara salió de la profunda
tiniebla distinguiendo noche, y día
para el trabajo, y ocio virtuoso
lo más puro del líquido elemento
alzó en inmensa altura, y extendido
cual magnífica piel el firmamento,
cubrió el resto del ser en giro airoso,
el resto, que aún yacía confundido
en el centro, do tuvo inmoble asiento
la tierra, que del agua separada,
mostró la seca faz, y señalado
fue el término en que el mar se contuviera,
con ley eterna nunca traspasada.
Luego abrió de la tierra el seno amado,
y explicó las virtudes, que la diera
su fecundo calor, y de verdura
apareció vestida, y prometía
en esperanza el fruto sazonado,

que sus especies propagar debía.
¡Oh cuánta variedad! ¡cuánta hermosura!
¡Qué grande utilidad! ¡qué muchedumbre
de cada vegetal! Allí fue hallado
desde el humilde hisopo hasta el alzado
cedro, que ostenta el Líbano, en su cumbre.
Después adornó el cielo a competencia.
Con lucientes estrellas, cuyo cuento
sólo pudo saber su eterna ciencia.
El sol, padre del día, rodeando
la tierra en desvelado movimiento,
los días numeraba, y declinando
del capricornio al cáncer lentamente,
el año y sus sazones señalaba
la luna de la noche presidente,
sus luces recogiendo, y dilatando,
los tiempos y los meses anunciaba.
Entre tanto del agua, el seno blando,
que el divino calor aún fomentaba,
del ser un nuevo grado producía,
capaz de movimiento, y de sentido.
Los silenciosos peces por la fría
cristalina región luego giraron,
y las canoras aves con ruido
desde el agua tan raudo el vuelo alzaron,
como si allí posadas estuvieran,
y el trueno horrendo de arcabuz oyeran.
La madre tierra el nunca estéril seno
abrió segunda vez, y en un instante
el anchuroso espacio se vio lleno
de animales en turbe numerosa,
de cuerpo, astucia, y ser desemejante,
cual cierra la distancia prodigiosa
del sutil arador al elefante,
y del necio jumento a la raposa.

V.

Como un sabio pintor, que concluido,
el lienzo largo tiempo meditado,
y con profundo estudio diseñado,
atento lo contempla, y complacido
nota lo definido en las figuras,
el cauto desperfil de los contornos,
lo sinuoso y plegado en los dintornos,
el ameno follaje en la verduras,
de la luz a la sombra la insensible

degradación, la huella imperceptible
con que el dulce pincel varió las tintas,
que dan la suavidad y la belleza,
y a veces contrapuestas y distintas,
dando el claro, y obscuro fortaleza,
aumentan el relieve, y juntamente
extienden las distancias luengamente,
que al contrario suprimen a porfía,
los escorzos con diestra economía;
y mirando mil veces sus labores,
observa cada vez nuevos primores;
mira el todo, y se pasma; admira el arte
llevado a perfección en cada parte;
y tanta maravilla contemplando,
el semblante le baña el grande gozo,
y en el pecho le bulle el alborozo....
Así el divino artífice mirando
de sus divinas obras la hermosura,
orden, y proporción, se complacía,
en ver todo lo hecho tuvo holgura.
Cada cosa por si le parecía
buena, y mirado todo juntamente,
le pareció acabado, y excelente,
tanto, que el Criador se envaneciera,
si en un dios vanidad haber pudiera
y todo lo bendijo afablemente
mandando a los vivientes que llenasen
la ancha tierra, y su ser multiplicasen.

VI.

Y en tanto que los ángeles cantaban
mil acordados himnos, y alababan
el divino poder, cual si acabado
hubiera ya sus obras; en el pecho
reservaba el señor nuevo cuidado
hacia el hombre, pues sólo a su provecho
ordenaba su amor todo lo hecho.
Y con voz majestuosa, y resonante,
rebosando bondad por el semblante,
«Hagamos dijo al hombre.» Cesó el canto,
sobrevino a los coros el espanto,
y vieron admirados que inclinada
la inmensa majestad al bajo lodo,
tomaba, una porción, y separada
del resto, en forma airosa la pulía,
cubriendo con rosada piel el todo,

que innumerables partes contenía,
cada cual destinada al propio oficio.
¡Qué conexión, qué orden, qué artificio
en huesos, nervios, venas se guardaba!
¡Qué belleza, qué talle, y simetría
en todo el exterior manifestaba!
Mirado el bello rostro, parecía
que en apacible sueño reposaba.
Mas, ¡ay! que eternamente careciera
de toda sensación, y movimiento,
y como estatua inánime yaciera,
si el Criador con su divino aliento
soplándole en el rostro blandamente,
espíritu inmortal no le infundiera,
espíritu inmortal, alma viviente,
del mismo que la hacía imagen clara,
que apenas llegó al cuerpo, ¡oh maravilla!
abrió los ojos, cual si despertara
del sempiterno sueño, y prestamente,
doblando con respeto la rodilla,
reconoció a su dueño soberano,
le amó con casto amor, y agradecido
besó la santa bienhechora mano,
que le dio el noble ser, constituido
de materia y espíritu, porciones
de tan raras, y opuestas condiciones,
que de la una a la otra no se viene
por graduación, ni entre ellas se conviene,
ni hay orden, proporción, ni analogía,
que un infinito caos interviene
entre una y otra, más intransitable
que el grande espacio, que imposible hacía
desde el pobre feliz al miserable
sediento rico, que en la llama ardía,
el corto refrigerio que pedía
para templar la sed intolerable.

VII.

Y con haber entre ellas tal distancia,
tanta contrariedad, y disonancia,
las ayuntó el Señor en amigable
lazo con modo oculto, y admirable,
poniendo entre las dos tal dependencia,
que a cualquiera impresión, que recibiese
la materia, en el alma a competencia
idea semejante se formase,

y al contrario, si el alma percibía
tristeza, o alegría resultase
dolor o gusto al cuerpo. Cual si viste
alguna vez en lira resonante
dos unísonas cuerdas, que si heriste
una de ellas, la otra, aunque distante,
hace el mismo sonido alegre, o triste,
sin ser herida. Así las dos porciones
humanas reciprocán sus pasiones,
y se afligen o gozan mutuamente,
viendo que el daño propio o el provecho
de el de su compañera es dependiente,
y a su cooperación funda derecho.
De do viene el temor de separarse
y dulce precisión de siempre amarse.

VIII.

¿Mas quién podrá explicar el abundoso
dote con que fue el alma enriquecida
para este desposorio? En don precioso
la original justicia fue añadida,
que el orden, y armonía conservaba,
y con doradas tiendas sujetaba
la inferior turba de apetitos varios,
para que ni rebeldes, ni contrarios,
del racional deseo desdijesen,
y siempre a la razón obedeciesen,
a la razón, que a todo presidía
cual sol en claro cielo, y procedía
ilustrada con ciencia suficiente
para poder vivir virtuosamente.
Ni allí el grosero error, ni la enemiga
pasión o enfermedad poder tuviera
para impedir la concertada liga,
ni el conocer y obrar lo que era justo.
Gozando el hombre libertad entera,
propia del sano estado, y ser robusto,
pronto siempre el auxilio soberano,
sin el cual por su culpa no cayera,
y queriendo, con él permaneciera,
y obrara el bien con vigorosa mano,
pues fácil le era el bien, que la traidora
ley de los miembros contradice ahora.

IX.

Así vivía en venturosa suerte

el primer hombre, y nada perturbaba
la dulce posesión de su contento;
libre de enfermedad y fiera muerte,
que el perdido vigor le reparaba,
y contra la vejez le aseguraba
del vital leño el pródigo alimento.
Y el rico patrimonio, que gozaba,
unido con la amada compañera,
a la futura gente transfundiera,
si el precepto tan fácil como justo
del Supremo Señor no traspasara,
y de tan alto bien no le privara
del soberbio Satán el triunfo injusto
con astucia traidora conseguido.
El triunfo injusto, que con grave canto,
interrumpido a veces con el llanto,
y laúd triste sabiamente herido,
lamentaba con verso numeroso
en la orilla del Támesis nubloso
el religioso Milton, y al sonido,
sus rubias ninfas la cabeza alzaban,
y a la historia tristísima atendían,
y con profundos ayes renovaban
la memoria del dulce bien perdido,
mirando al padre cuya urna henchían
con el copioso llanto que vertían.

X.

Cual máquina exquisita, que el talento
del exacto Elicot con lenta mano
complicó sábiamente, y conformaba
con la luz celestial su movimiento,
y en breve espacio el orden soberano
de los celestes orbes imitaba,
y tal vez roto el muelle de violento
golpe, u de mano rústica partida
la preciosa cadena, cesa el orden
y todo es confusión, todo desorden;
así la mano de Satán grosera
perturbó la armonía establecida
por el autor divino, quebrantando
la justa rienda, que enfrenar debiera
al apetito bruto, que usurpando
los ajenos derechos tomó el mando,
quedando la razón en suerte triste,
ciega, débil, confusa, y a la hora

hecha una vil esclava de señora.
¡Oh amarga culpa! ¡Cuánto mal trajiste
al hombre en breve! Tú le derrocaste
del no entendido honor, en que vivía,
y al jumento incipiente le igualaste,
tú el sagrado derecho le robaste
de hacer con mano fácil, si quería
el bien, que obrar en vano ora porfía,
si el rayo celestial, nunca debido,
la razón tenebrosa no esclarece,
y el corazón helado no enardece.
Tú con furor, con espantoso ruido
corriste los cerrojos eternos
del horroroso abismo, do cerrados
tenía el soberano autor los males
a prisión sempiterna condenados,
si tú los duros hierros no rompieras,
y el indulto fatal le concediera.
Por ti en el mundo entró la muerte fría,
por ti la enfermedad y la dolencia,
la vergonzosa desnudez, la impía,
siempre traidora infiel concupiscencia,
la ignorancia, el orgullo, la insaciable
codicia, la hambre y sed, y la indigencia,
y de otros monstruos turba innumerable,
que de tropel salieron del profundo
para dañar el hombre miserable,
y establecer su imperio en todo el mundo.
Por ti sola fue el hombre desterrado
del delicioso Edén, y condenado
a no volver a hallar el surtidero
común del que en Egipto corre undoso
Phison, y del Araxes sonoro,
del Eufrates alegre, y del ligero
Tigris. Por ti la tierra, que primero
de su grado los frutos produjera,
en posesión maldita fue trocada
que sólo diera al dueño la grosera
espina, y cruel abrojo, sino fuera
con duro, y torvo arado fatigada,
y con sudor, y lágrimas regada.

XI.

¡Oh amarga culpa! ¡tanto mal hiciste
al mísero mortal! mas no lograste
acabarlo del todo, tú mudaste

su estado y condición; mas no pudiste
mudar el noble ser, ni le quitaste
el dominio supremo, el poderío,
que ejerce sobre todo lo terreno,
con que hace andar el cuello al yugo atado
al novillo valiente, y doma el brío
del altivo caballo con el freno.
Ni la astucia sagaz, con que, o de grado,
o por fuerza, al pez, ave, y alimaña,
hace reconocer el señorío,
que en vano huyendo van por la montaña,
o por el aire vago u hondo río.
Y salva quedó al hombre la inventora
industria, que muy breve le condujo
del perizoma humilde al refulgente
oro, y la blanda seda, con que ahora
el cuerpo cubre con soberbio lujo.
Y presto fue seguido a la astringente
bellota el grano fértil delicioso,
con mil dulces manjares y sazones.
Y luego aspiró el hombre a la abundancia,
y puso móvil puente al mar undoso,
corriendo sin fatiga la distancia
inmensa, que separa las regiones,
que nunca alcanzó a ver el carnicero
buitre subido al cielo, y las divinas
especies mil tomó del extranjero,
dándole lo sobrado. Y las divinas
artes advirtió en sí, con que levanta
a un nuevo y alto ser el ser primero,
y trasladando a un lienzo la natura,
instruye la razón, la vista encanta,
y fija a un ser la fugitiva historia,
y cediendo al cincel la piedra dura,
o en moldes los metales desatados,
de sus héroes, conserva la memoria,
y del suelo se aleja, y la vacía
región huella seguro, y en dorados
techos habita, y junta en sociedades,
los hombres, que con sabias leyes guía
a su felicidad, y da tormento
con máquinas, y obliga a la natura
a descubrir las causas y verdades,
que oculta en seno obscuro y avariento;
o con activo fuego la depura,
y en principios resuelve, y mil esencias

destila de tal precio y eficacia,
que le sirven de alivio en sus dolencias.